

na por otro: ¿qué más se puede pedir? Vaya, pues, mi más sincera y cordial enhorabuena a la autora de este inapreciable volumen.

JUAN GIL

MICHAELIS ANTONII CARO, *Carmina Latina et Latinae interpretationes*, ed. Alfredus Becerra, Los Angeles Calif., 1991, X + 142 + 132 pp.

La continuidad ininterrumpida del empleo de la lengua latina como lengua literaria permite una homogeneidad de criterio al abordar el estudio de su producción. Porque toda esta literatura tiene como referente primordial las obras más señeras del latín clásico, podemos aceptar como objetos de la Filología Latina también estos productos tan tardíos de las Camenas. La presente edición de la producción latina de Miguel Antonio Caro, político colombiano que gobernó su país de 1892 a 1898, que corre a cargo, y al parecer también a expensas, del P. Becerra, se articula en dos partes de paginación diferente, en la primera de las cuales se ofrecen las poesías originales (*Carmina Latina*), en la segunda las versiones latinas (*Interpretationes Latinae*) de poetas que escribieron en español (Argensola, Calderón, Rodrigo Caro, Fray Luis, Garcilaso, entre otros contemporáneos), italiano (Dante, Manzoni, León XIII, Zanella), francés (Chénier, Lamartine) e inglés (S. Bond, T. Moore, J. W. Payne, Longfellow). Con anterioridad, el mismo autor había llevado a cabo en Bogotá (1951) una primera edición; no es nueva, pues, esta afición por el más grande humanista paisano, cuya obra ha sido estudiada también fuera de sus fronteras lingüísticas (cf. IJsewijn, *Companion* [1977] 196 y [1991] 300). El editor ofrece, no sin humor, en un breve prólogo también en latín, la serie de correcciones por razones métricas o textuales que ha operado en el texto, además de otras cuestiones gráficas *minoris momenti*. La musa del prócer colombiano es versátil, apasionada, trivial, quizás por ello no necesite de mucha exégesis ni de traducción, pero se echa en falta no ya el nutrido aparato de fuentes a que nos tiene acostumbrado la edición crítica de la literatura latina humanista, sino alguna referencia puntual de la pertinente cita clásica. Creo que una edición crítica debe ser, además, una edición anotada, comentada, con índices y, si lo permite la publicación, traducida: hay que facilitar al lector todo el sistema de referencias que tiene la palabra; no se le puede presentar el texto pelado, como aquí se hace. Leemos en la poesía original (*Carmina Latina*, p. 96) dos dísticos, por cierto impresos todos sin el sangrado de rigor: *Hispanos versus dum tento fingere, ludor; E calamo tantum verba Latina fluunt. Gratia Dis! quoniam sic non intelligor ulli: Siquis erit, saltem me placido ore leget*. Pero hoy día ya nadie lee en voz alta, como en la antigüedad (cf. *Trivium* 6 [1994] 279-291). ¿Qué tiene, pues, que ver esa *iunctura* (*ThL* V 1128.34) con los hombres venideros que se solacen con estos poemas? En realidad, escribir hoy en latín no pasa de ser una mera *exercitatio intellectualis*, que falsea nuestro pensamiento al tener que supeditarlo a una lengua que ya no se habla, utilizando unas formas de expresión extrañas a nuestro tiempo y a nosotros mismos, como se dijo hace algún tiempo (cf. Lamacchia, *A&R* n.s. 3 [1953] 226-228). En otro dístico de la misma sección, "Thema Horatianum" (p. 105), detectamos *podus* en vez de *pondus*; claro gazapo de un texto, por lo demás, concienzudamente depurado.

J. SOLÍS